

**ROSALÍA DE CASTRO Y LA TRADUCCIÓN.
UN ANÁLISIS DEL PAPEL DE SU OBRA EN LA EVOLUCIÓN
DE LA LITERATURA ESPAÑOLA**

Áurea Fernández Rodríguez, Universidade de Vigo

En el año de la conmemoración del ciento cincuenta aniversario de la publicación de *Cantares Gallegos* (1863) resulta incuestionable la relevancia de la poetisa y novelista gallega doña Rosalía de Castro (1837-1885) no solo para la literatura y la cultura gallegas sino también para la literatura castellana. Considerada precursora de la poesía española moderna, su creación poética es «de notorio influjo en la lírica del siglo XX: en especial entre los poetas «exquisitos» paradójicamente: Juan Ramón Jiménez, Luis Pimentel» (Armiño 1979: 18). Xesús Alonso Montero (1997) y Arturo Leyte (2009: 22-24) añaden todavía otros clásicos que reconocieron la originalidad y valor de su obra para la literatura española bastante tiempo después de su muerte. Miguel de Unamuno, Gerardo Diego, Antonio Machado, Teixeira de Pascoães, Luis Cernuda o Federico García Lorca coinciden en que la lírica de Rosalía de Castro resulta imprescindible en el mapa de la literatura universal. Sin embargo, la indiferencia de los críticos españoles la condenó al olvido durante mucho tiempo. Azorínse lamenta en *Clásicos y Modernos* de la exclusión de Rosalía de Castro en obras que debían ser referencia para la crítica española:

Gustaban los españoles en 1885 —y siguen gustando— de la poesía brillante, artificiosa, oratoria; pero aquellos años había entre la generalidad de los escritores, espíritus selectos, delicados; ya en 1884 Leopoldo Alas había publicado dos libros de crítica: uno, *La literatura en 1881* —en colaboración con Palacio Valdés—; otro, los *Solos*. La crítica independiente se había inaugurado. Nadie, sin embargo, reparó en los versos de Rosalía de Castro cuando apareció *En las orillas del Sar*. Años después, en 1902, al formar D. Juan Valera su deplorable *Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX*, no incluyó en esa antología a Rosalía de Castro; hombres anodinos y mujeres insignificantes acoge Valera

en su colección; ni de una página puede disponer para uno de los más grandes poetas castellanos de la decimonona centuria; en la introducción a ese repertorio nombra Valera a Rosalía; la nombra de pasada, a la par de versificatrices vulgares. Hay más: tampoco más tarde, en 1908, logró penetrar Rosalía en la no menos lamentable colección de líricos —*Las cien mejores poesías*— formada por Menéndez Pelayo. Y hay todavía más, aunque parezca colmo increíble: Antonio de Valbuena en un trabajo —que figura en uno de sus libros— dedicado al examen de la antología de Menéndez, tampoco se acuerda de Rosalía al citar diversos poetas olvidados o postergados por el erudito montañés (Azorín, 1913: 98).

Rosalía de Castro nació en Santiago de Compostela en el año 1837 y murió en 1885 en «A Matanza», una casa situada en las afueras de la villa de Padrón (La Coruña) donde pasó los últimos años de su vida alejada de Madrid y del bullicio de la sociedad literaria. Durante las tumultuosas décadas del siglo XIX durante las que le tocó vivir nada resultaba fácil para una mujer que deseaba utilizar su pluma para subsistir y que, además, se había atrevido a hacerlo tanto en castellano como en gallego, una lengua regional que, a pesar de haber sido el idioma vehicular de la lírica galaico-portuguesa, llevaba varios siglos despreciada y desprestigiada socialmente.

Para difundir la obra fuera de las fronteras lingüísticas naturales, los creadores de la época que nos ocupa solían servirse de tres vías de difusión: a) La presentación de las composiciones, generalmente de carácter lírico —aunque la novela estaba de enhorabuena, el género que mayor prestigio otorgaba era la lírica—, se presentaban en una velada literaria a los amigos y conocidos. Concurrían también, si la ocasión se presentaba, a un certamen literario como los Juegos Florales. Desde su creación en distintas regiones y provincias de España era práctica habitual que los creadores decimonónicos participasen en ellos. En Cataluña, la restauración de los primeros juegos tuvo lugar en Barcelona en 1859; y en Galicia se celebraron por primera vez el 2 de julio del año 1861, en La Coruña, impulsados y costeados por José Pascual López Cortón, un gallego enriquecido en la emigración con inquietudes culturales y amor a su pueblo. b) Las composiciones

que los poetas iban dejando dispersas en periódicos o revistas las reunían posteriormente para publicarlas en uno o varios volúmenes. Antes de la aparición del libro *Cantares gallegos* en 1863, los suscriptores de *El Museo Universal* pudieron leer los primeros versos de Rosalía de Castro en gallego: «Adios qu’eu voume» y «Airiños, airiños aires» (*El Museo Universal* 24-XI-1861: 375). c) Otra forma de dar a conocer una obra era mediante la traducción de la misma a otras lenguas. Desde una óptica actual nos ocupamos en este análisis de esta actividad en torno a la figura de Rosalía de Castro y de la recepción que su creación literaria alcanzó durante el siglo XIX impulsada por la traducción. Con ello revisamos las relaciones literarias que la autora gallega mantuvo con la intelectualidad de su tiempo, con otros sistemas literarios como lectora, como traductora y como autora traducida tanto en vida como inmediatamente después de fallecida.

Doña Rosalía Castro de Abadía –así es como ha firmado *La Flor* (1857)– se traslada en 1856 a la capital española donde posiblemente como todos los jóvenes de las familias acomodadas de provincias buscaba en aquella época completar su formación algún reconocimiento en el mundo de las letras. Acompañada por Eugenia Gasset y su padre José Gasset Montaner, Rosalía de Castro se instala en la calle Ballesta nº 13, en casa de una tía suya, tía Mariquita, es decir doña María Josefa Carmen García Lugín y Castro, madre del novelista Alejandro Pérez Lugín. En Madrid la joven gallega se relaciona con gente de otras familias de buena posición en la sociedad madrileña de esa época como los ya citados Gasset, los Armero o los Hermida de Lestrobe. Parece que el primer contacto entre Rosalía de Castro y Manuel Murguía tuvo lugar en las tertulias que se celebraban en casa de Carmen Lugín por mediación de Eduardo Chao (Pardo, 2010: 423) y a las que asistían también Alejandro Chao, los hermanos Bécquer, Gustavo Adolfo (1836-1870) y Valeriano (1833-1870), el escritor Julio Nombela (1836-1919), el pintor Serafín Avendaño (1838-1916) – hijo del escritor Joaquín Avendaño– y el traductor al español de Heine, Eulogio Florentino Sanz que publica el *Intermezzo* en la revista *El Museo Universal* (1857).

En esa fecha escribe unos versos y su amigo Elías Bermúdez le aconseja que los publique para hacerse un nombre y, también,

para sacar un dinero. Le dijo que se los presentaría a un joven gallego muy listo, colaborador en *La Iberia* y en otras publicaciones (Martínez, 1949: 3). Los versos vieron la luz en un pequeño libro titulado *La Flor* (1857) que mereció un elogioso artículo de Manuel Murguía, convirtiéndose así en su primer crítico. El que sería creador de la Real Academia Gallega y pieza clave de apoyo intelectual y social para Rosalía de Castro siempre ha declarado que desconocía a la poeta novel en aquel entonces, pero no escatima elogios en el artículo donde, además de dar la noticia del poemario, parece intuir en esos primeros versos la presencia de un gran talento.

Don Manuel Martínez Murguía (1833-1923) llega a Madrid en 1853 para estudiar Farmacia y seguir los pasos de su padre. Tras la publicación de la novela *Desde el cielo* (1854) que logra un importante éxito con nueve ediciones y varias traducciones a diferentes idiomas (Pardo, 2010: 421) decide abandonar sus estudios para dedicarse al quehacer literario y periodístico. Pronto consigue ganar presencia y amistad entre relevantes e influyentes figuras de la política y del mundo literario, dos mundos indisociables en aquel entonces. Casi todos los escritores decimonónicos participaban activamente en la política y como indica Víctor Balaguer en los apéndices a sus poesías catalanas «tots los grans poetas han estat hòmens polítichs, y que precisament à la passió política déu lo món literari sas més importants obras» (Balaguer, 1868: 394). Entre esos amigos no solo estaba la intelectualidad gallega sino también otros nombres de procedencia diversa como el mencionado historiador y político catalán, Víctor Balaguer (1824-1901); el poeta salmantino, don Ventura Ruiz Aguilera (1820-1881) cuyas obras han disfrutado de múltiples reediciones; el catedrático de Historia crítica y Filosófica de España en la Universidad Central de Madrid, que sería cuarto presidente de la I República, Emilio Castelar (Cádiz 1832-1899); Antonio de Trueba (1819-1889) de la localidad vasca de Galdames (Bilbao) y extranjeros que venían a Madrid como el novelista italiano Luigi Gualtieri (1827-1901) o Gottardo Aldighieri (1824-1906), barítono de profunda cultura humanística que se deleitaba escribiendo poesía.

Cuando Rosalía de Castro y Manuel Murguía se casaron en

Madrid en 1858 después de año y medio de relaciones, gozaban de un cierto reconocimiento entre la intelectualidad gallega que se encontraba en la capital e incluso la prensa madrileña se hizo eco de su boda:

El distinguido escritor gallego Sr. Martínez Murguía ha contraído matrimonio con su paisana la señorita doña Rosalía Castro, inspirada poetisa que, no ha mucho dio a luz una coleccioncita de hermosos cantos. Los jóvenes esposos han ido a su país, donde son objeto de las atenciones que merece su talento (*La Discusión*, 1858: 3).

Rodearse de altas personalidades en el mundo intelectual y en el bullicio literario era fundamental para labrarse un futuro en Madrid y darse a conocer. El poeta Ventura Ruiz Aguilera lo reconoce abiertamente en una de sus obras: «D. Pascual Madoz y el Conde de las Navas fueron las primeras personas que me favorecieron y alentaron con su generosa protección recién llegado yo a Madrid, completamente desconocido y sin apoyo» (Ruiz Aguilera, 1873: 315).

Manuel Martínez Murguía consiguió moverse en el círculo de insignes figuras –generalmente republicanos y federalistas o progresistas independientes que luchaban contra las corrientes absolutistas y el poder temporal del clero– y participar así en distintos foros y plataformas de la intelectualidad de la época, especialmente en las publicaciones periódicas que se presentaron como medios de información, difusores de cultura y formadores de opinión pública e identidad nacional. Desde el nº 2 del año 1858, don Manuel Murguía comparte las páginas de la revista *El Museo Universal* con don Antonio de Trueba (1819-1889), don Francisco Pi y Margall (1824-1901), don José Echegaray (1832-1916), Felipe Picatoste (1834-1892), pero sobre todo con don Ventura Ruiz Aguilera que al comienzo de su carrera (1838) se levanta contra lo absurdo de la literatura y andando los años se lanza «en la revuelta mar de la política, vicio y carcoma de la época» (Ruiz Aguilera, 1873: 297). En esta publicación de carácter enciclopédico quincenal hasta 1860 y más tarde semanal podía leer Rosalía de Castro artículos de historia, viajes, arqueología, ciencia y literatura, tanto originales como traducciones. Entre

estas últimas, formaban parte de las lecturas de Rosalía de Castro fragmentos de la obra de George Sand, Chateaubriand, Victor Hugo o composiciones del poeta alemán Heinrich Heine como recuerda en un artículo en tres entregas el propio Manuel Murguía en 1917 titulado: «De la importante influencia que en su tiempo tuvo en Galicia la obra literaria de Rosalía Castro», en *La Temporada en Mondariz* XXIX n.º 8 (22-VII-1917); n.º 9 (29-VII-1917); n.º 11 (12-VIII-1917). George Sand «la novelista profunda, la que está llamada a compartir la gloria de Balzac y Walter Scott» junto con madame Roland, madame Staël y Rosa Bonheur son modelos literarios que advierten de las lecturas de la autora gallega y que ella misma señala en el prólogo de *La hija del mar* (1859), su primera novela. En el año 1860 el poeta salmantino le dedica «La gaita gallega. A mi querido amigo don Manuel Murguía» (*El Museo Universal*, n.º 48, año IV, 25-XI-1860: 382-383). El romance fue traducido por Rosalía de Castro al gallego y publicado en la edición príncipe de *Cantares gallegos* (Vigo, 1863: 135-139), bajo el título «A gaita gallega. Resposta ao eminente poeta D. Ventura Ruíz Aguilera». Una vez más, Ruiz Aguilera aprovecha *El Museo Universal*, donde colabora con asiduidad, para elogiar la traducción de la autora gallega en un artículo en dos entregas. Sin embargo, le reprocha la dura «injusticia» con la que trata a Castilla. Esta interpretación recibirá, unos años más tarde, una respuesta por parte del catalán Víctor Balaguer que, al proceder de la periferia, demuestra entender mejor el sentimiento de Rosalía de Castro. Su mal entendido anti-castellanismo no era más que una férrea defensa de su pueblo, su tierra y su lengua ya que eran objeto de burla y desprecio por parte de Castilla. Esta posición de defensa de ideologías liberales y nacionalistas se había originado a partir de la Revolución francesa y se desarrollaron en toda Europa durante el siglo XIX como resistencia y contrapunto al imperialismo napoleónico.

La mencionada traducción vuelve a formar parte de varios volúmenes: *Armonías y Cantares* (1865⁶), libro que Ruiz Aguilera dedica a su esposa y escribe a la memoria de su única hija, Elisa, fallecida en 1861; *Elegías, armonías y rimas varias* (1873⁶) y *Ecos nacionales y cantares con traducciones al portugués, alemán, inglés italiano, catalán, gallego y provenzal* (1873⁶). Buena parte de los

versos de esas elegías, cantares o rimas varias que va coleccionando en un mismo volumen y reeditando ya habían sido divulgados anteriormente en periódicos literarios: *La América* y *El Museo Universal* (Ruiz Aguilera, 1865^o; 1873^o: 268). Otras, «las no coleccionadas hasta hoy, se encontraban esparcidas en periódicos científicos, literarios y artísticos, o bien formando parte de obras mías como *Las Veladas poéticas*, *Inspiraciones* y *El libro de la patria*» (1873^o: 79). Las dedicatorias a amigos que vivieron como el poeta el dolor de la pérdida de una hija son harto numerosas en un periodo en el que la tasa de mortalidad infantil era extremadamente elevada: «A mi amigo el editor José Gaspar con motivo de la muerte de su hija» (1873^o: 107), al liberal Salustiano Olózaga al que le dedica también una poesía con motivo de la muerte de su hija (1865: 234), etc. Al final del apartado de las «Rimas varias» (1873^o: 171) Ruiz Aguilera añade traducciones de algunos poemas al alemán, inglés, polaco, gallego e italiano firmadas por personajes conocidos y reconocidos en la época. Las traducciones al italiano están firmadas por amantes de la lírica como el cantante de ópera italiano Gottardo Aldighieri (1824-1906) que sufrieron también la inmensa pena que dio origen a las *Elegías*, es decir la pérdida de una hija de corta edad. Este tradujo las *Elegías* (Ruiz Aguilera, 1873^o: 201-232): «Il dolor dei dolori» y una armonía «I nidi. (Armonie campestri)» (Ruiz Aguilera, 1873^o: 257-260);, porque «el desgraciado padre encontraba algún desahogo a su dolor en las lágrimas que este trabajo, nunca bastante agradecido por mí, arrancaba a su corazón atribulado» (Ruiz Aguilera, 1873^o: 318). El otro italiano es Luigi Gualtieri (1827-1901), denominado conde de Brena. Novelista y libretista – casado con la actriz Giacinta Pezzana, otra gloria italiana, de la que tuvo una hija– Gualtieri principió en Madrid la traducción al italiano de la oda *El Mar* («Il mare», 1873^o: 266-271) para terminarla en septiembre de 1873 a bordo del trasatlántico «Le France» con rumbo a Buenos Aires después de la larga *tournee* de su esposa por España.

A juzgar por las críticas –«En poco tiempo las *Elegías* del autor de los *Eclos nacionales* han adquirido fama española; antes de mucho la adquirirán europea» (Federico Villalva, 1873: 295)– y por el número de ediciones, las obras de Ruiz Aguilera alcanzaron

gran éxito entre los lectores contemporáneos. En la sexta edición de *Ecos nacionales y cantares con traducciones al portugués, alemán, inglés italiano, catalán, gallego y provenzal*, impresa en 1873 vuelve a incluir de la mano de Rosalía Castro las traducciones siguientes: «A gaita gallega. Resposta ao eminente poeta D. Ventura Ruiz Aguilera» (1873: 350-355) y los «cantares» (1873: 367-370). Si la versión italiana que aparece en la tercera edición de *Elegías y armonías* corre a cargo de famosos italianos, la alemana es obra de otro autor muy conocido entre la intelectualidad española, Johann Fastenrath (1839-1908), al que le dedica en el mismo volumen «El cántaro roto» (1873^o: 161) y que traduce al alemán «Der Zerbrochene Krug» Ruiz Aguilera, 1873^o: 272-276), «Elegieen. Beim Verlusteines Kindes» (Ruiz Aguilera, 1873^o: 233-245) y La oración-Das Gebet (Ruiz Aguilera, 1873^o: 263-265). Se añade también la traducción polaca (1873^o: 246-256) «Bol nad bole», de la mano del joven e ilustrado escritor D. José Leonard. El poema «Ruinas. Armonía da tarde» está firmado por Rosalía de Castro (1873: 260-262). Está claro que la autora gallega empezaba a gozar de una cierta notoriedad e incluso para algunos ya era una de las mejores poetas del país en ese momento. Su labor como difusora de su propia obra poética mediante la traducción iba acompañada de la de otros poetas que destacaban la calidad de su lírica. Ruiz Aguilera no dejaba la traducción de sus versos en las manos de cualquier aficionado. Todos los traductores eran autores de renombre, por lo tanto un valor añadido susceptible de despertar el interés de los lectores no solo en Madrid sino también en Cataluña, Italia, Francia o Alemania. Sin embargo, la literatura española en aquel entonces no era especialmente atractiva para otras comunidades lingüísticas europeas que preferían la francesa, la inglesa o incluso la alemana. Como reconoce el propio poeta, los escritores se veían obligados a actuar desde la lengua o cultura de partida:

Cuando tanto se traduce de literaturas extranjeras al castellano y tan poco de la nuestra a aquéllas, considero un deber consignar en mis obras el nombre de los no españoles que muestran principal aprecio a las producciones literarias de nuestro país (Ruiz Aguilera, 1873: 318).

Aunque en esta tercera edición no se incluye la traducción catalana, sí se puede leer en la primera (1865: 173-178) y en la sexta. El traductor es don Víctor Balaguer, «que, á sus laureles de insigne poeta popular, acaba de añadir los no menos gloriosos de historiador de Cataluña» (Ruiz Aguilera, 1873: 277). Efectivamente, como Manuel Murguía lo hizo con Galicia, Víctor Balaguer (1824-1901) dio a luz una de las primeras historias de Cataluña. Trabajaron los dos al mismo tiempo en la preparación de sus principales creaciones como historiadores. El historiador catalán afirma escribir entre los años 1861 y 1863 su *Historia de Cataluña* en cinco gruesos volúmenes, «obra importantísima» y que es «la primera historia general que de nuestro país se ha escrito» (Balaguer, 1868: VI). Se sabe también que Murguía, integrado en el grupo de historiadores románticos gallegos que reivindicaban los derechos históricos de Galicia, preparaba en Lugo en 1864 la edición de los dos primeros tomos de su *Historia de Galicia*, estructurada también en cinco tomos. El Tomo II, editado en 1867, viene precedido por un discurso que está considerado como la primera piedra del nacionalismo gallego en el plano conceptual.

Corrían tiempos en los que los regionalismos estaban en plena expansión y el movimiento romántico favorecía la diversidad lingüística así como las lenguas autóctonas. Esto explica, en parte, la opción de Rosalía de Castro por el idioma original de su pueblo para escribir un libro de poesías en gallego en una época en la que en España la lengua de la literatura solo podía ser el castellano. La acogida que le otorgaron los grandes entendidos en poesía fue muy favorable si tenemos en cuenta que muy pronto se empezaron a traducir al castellano y al catalán. Aparecen versos vertidos al castellano en *El Museo Universal* en el año 1864 por el mismo Ventura Ruiz Aguilera. En catalán, además de «La gaita gallega», de Ruiz Aguilera y la respuesta de Rosalía de Castro, se dan a conocer diferentes traducciones de distintos poemas de *Cantares gallegos* desde 1866. En *EL Trovador de Montserrat, Poesías catalanas completas*, Víctor Balaguer traduce al catalán un fragmento del poema «Castellanos de Castilla» (1868: 125-127) y de nuevo la respuesta de doña Rosalía Castro de Murguía a la «gaita gallega» (1868: 131-134). En la revista

quincenal *Lo Gay Saber* (1868-1869 y 1878-1882) fundada en 1868 por Briz i Fernández y Francesc Pelagi también se leían traducciones de la autora gallega. La reseña que precede a las traducciones anticipa que son numerosos los poetas catalanes que han vertido poemas de *Cantares Gallegos* antes de publicarlos en dicha revista. En el año 1880 ha sido la revista *La Il·lustració Catalana* la que se hizo eco de la publicación de *Follas Novas* (1880) e incluye en sus páginas las traducciones al catalán de dos poemas en una versión de J. Franquesa Gomis así como «Airiños, airiños, aires» de *Cantares Gallegos* traducido por Joan Martí y Trenchs. Agna de Valldaura —pseudónimo de Joaquina Santamaria i Ventura (1854-1930) que pertenecía al círculo del mencionado Francesc Pelai Briz— publica en el *Gay Saber* en 1881 el poema «Soleta», traducción de «Sin niño» que forma parte de *Follas Novas*.

La traducción demuestra que había voces que insistían en la calificación y en la destreza de Rosalía de Castro como poeta. Una década después de su fallecimiento, el primero en quedar prendado por los versos de la autora gallega fue Juan Ramón Jiménez (1881-1958) que «impresionado por la poetisa gallega, indaga en otros autores que llamará ‘regionales’, como Manuel Curros Enríquez y Jacint Verdager» (González, 2006: 22). Se ha dicho que encontró *Follas novas* en el Ateneo de Sevilla (Sánchez 1986: 214) o que fue precisamente cuando se encontraba en Moguer que encontró el libro *Follas Novas* «en la biblioteca de un viejo señor republicano que era fanático de Castelar» (Álvarez 1957: 10). Soledad González, gran conocedora de la obra traducida por el poeta andaluz escribe, por su parte, que según constata en los borradores dedicados a la ordenación de *Metamorfosis* y *Destino*, tuvo acceso a Rosalía de Castro y Curros Enríquez en Sevilla, en casa del gallego Andrés Fariñas, gran amigo de su familia. Efectivamente durante su estancia en Sevilla desde 1896 a 1899 Juan Ramón Jiménez lee en gallego y «traduce a Rosalía y Curros mientras sus primeros poemas aparecen simultáneamente en la prensa local sevillana» (González, 2006: 22) cuando tenía tan solo quince años. Las traducciones de los poemas «Dulce sono» y «Mayo longo... mayo longo», fechadas por el propio poeta «en 1897 y 1898, se encuentran actualmente en los archivos de Puerto

Rico junto con variantes de las ya publicadas» (González, 2006: 23). Las primeras versiones al castellano de dos poemas de *Follas novas* son posiblemente la última parte de «Pra a Habana» y «Negra sombra» que aparecen en una antología de la edición que Ricardo Gullón y Eugenio Fernández Méndez realizaron sobre los cursos que impartió el poeta andaluz sobre el modernismo en Puerto Rico y en los que incluye como lectura del alumnado a Curros y a Rosalía. Queda claro que «uno de los primeros ejercicios literarios de Juan Ramón Jiménez fue traducir a Curros Enríquez y a Rosalía de Castro» (Álvarez 1957: 10) cuyas obras dejaron huella en la creación del autor de *Platero y yo* (Fernández en prensa y Sánchez 1986: 213-222) como se demuestra en la siguiente reflexión:

Todos los poemas de Rosalía señalados como *fuentes* de la escritura de Juan Ramón Jiménez son romances, de versos octosílabos—salvo los de dulce sono— que son octosílabos— y la rima es siempre asonante; lo mismo ocurre con los de Juan Ramón Jiménez inspirados en ellos (Sánchez, 1986: 222).

A pesar de todo, hay que admitir que la crítica decimonónica española o la incomprensión dejaron en el olvido durante muchos años no solo su narrativa sino también su poesía tanto en gallego como en castellano. Es más, en la actualidad podemos decir que el éxito y reconocimiento real tuvo su origen fuera de nuestras fronteras, gracias a la traducción:

La primera vez que nuestro poeta [Juan Valera] ha entrado en estas selectas colecciones, ha sido conducido por la mano, no de un español, sino de un extranjero. La primera antología en que figura Rosalía es la formada por Fitzmaurice Kelly —*The Oxford book of spanish verse*— y publicada, para usos universitarios, en Oxford, en 1913 (Alonso Montero, 1997: 59).

Efectivamente, la primera traducción de la poesía de Rosalía a la lengua franca data de 1909. Se trata del poema en gallego «Unha vez tiven un cravo» que preparó Annette M. B. Meakin para *Galicia, the Switzerland of Spain*. London: Methuen & Co. Viene posteriormente la antología de Kelly que hemos mencionado. Ahora

bien, el mundo anglófono no ha sido el primer en descubrir la autora gallega puesto que una traducción de unos versos de *En las orillas del Sar* al italiano ha visto la luz en 1885, convirtiendo así a Rosalía de Castro en la primera mujer que ha abierto el camino a la difusión de la literatura gallega moderna más allá de nuestras fronteras. El mismo año de la muerte de nuestra figura auroral, la notable revista de Florencia, *La Rassegna Nazionale*, (Vol. XXIV, VII, 1885), publica una reseña del último libro de poemas titulado como se ha dicho *En las orillas del Sar*. Según Giovanna Scalia el dato no es de menor importancia ya que estamos ante la primera traducción de una lírica de Rosalía Castro «en una lengua extranjera y probablemente hasta es la primera traducción en absoluto» (Scalia 1986: 284). Esto confirma, además que Murguía mantenía contactos en Italia con destacadas personalidades en el mundo literario como el propio autor de la susodicha reseña que se limita a firmar con las iniciales S. P. M. y cuya identidad le resulta desconocida a la autora del artículo publicado en las *Actas do Congreso Internacional de Estudios sobre Rosalía de Castro e o seu Tempo*: «No sabemos nada respecto a la identidad del autor de tal escrito, ya que éste firma solamente con las propias iniciales S.P.M.» (Scalia 1986: 284). En cambio, deduce que mantenía correspondencia con el mismo Murguía, ya que lo menciona y «de quien se supone había recibido la última obra de Rosalía» (Scalia, 1986: 283 y 284) tal y como lo había dejado patente el propio Murguía (1952: 571). En cualquier caso, el ignoto crítico parece conocer bien la autora de Padrón y, además, sorprende que este primer juicio crítico venido de fuera destaque un fondo de exaltación optimista en el contenido ideológico de la poetisa, es decir, una opinión totalmente contraria a las tesis críticas posteriores. Pues la creación de Rosalía ha sido hasta muy recientemente analizada como fruto de un espíritu extremadamente pesimista.

El autor de la reseña ofrece la traducción en prosa de unos versos del poema «A la luna» que comienza con el verso «Y a alumbrar vas un suelo más dichoso» y considera que solo la sensibilidad de una mujer podrá verter con suficiente fidelidad la lírica de Rosalía de Castro: «vorremmo che qualche gentildonna italiana ce ne regalasse una traduzione, perchè solo una donna

può degnamente interpretare così pura ed elevata poesia.» (S.P.M. 1885: 207). Este crítico creemos que no puede ser otro que el Marchese Paris Maria Salvago (1831-1899), fundador y director de la revista junto al Marchese Manfredo da Passano (1846-1922). La revista que nace en 1879, de carácter literario-político y muy atenta a la evolución de las nuevas corrientes del pensamiento moderno, se difundía sobre todo entre la clase aristocrática, la alta burguesía, en los ministerios, en las escuelas y en las bibliotecas públicas. Muchos firmantes utilizaban tan solo siglas para escapar al control de la censura que pesaba sobre algunas publicaciones progresistas y contrarias al poder de la curia romana. Paris Maria Salvago fue también director de la «Scuola delle Scienze Sociali» de Florencia, presidente del «Consiglio Superiore della Società di San Vincenzo de Paoli» y diputado al Parlamento Nacional. Solo se conserva de él una cartilla de notas escolares del periodo en el que frecuentaba el Colegio de los Padres Escolapios en Carcare con unos resultados inmejorables. Al finalizar el curso escolar en 1846 es nombrado *Princeps Concitatorum* y como primero de su clase era norma ofrecer un retrato al premiado con la dedicatoria (*Paris De Merchionibus Salvago Genuensibus Academiae Concitatorum Princeps*). Ello demuestra la enorme consideración que se les otorgaba en aquel entonces a las Escuelas Pías fundadas por el sacerdote y pedagogo español José de Calasanz Peralta de la Sal, (1556-1648). La fama de esas escuelas donde se aprendía español estaba extendida entre la clase hidalga italiana que enviaba a sus hijos para darles la mejor formación.

Conclusiones

En una época en la que la poesía española se encontraba anclada en tendencias anteriores, no podían pasar inadvertidas las innovaciones de metros y ritmos de la poesía de Rosalía de Castro que, además de rompedora y progresista, imprime en su obra una marca muy personal con temas nuevos. Se revela contra el destino que la sociedad burguesa le dispensaba a la mujer, una burguesía que toleraba mal las literatas como ella; manifiesta también su indignación por el destino del pueblo gallego condenado por la miseria a emigrar a América o buscar la vida a Castilla y víctima

del genocidio cultural. Ha disfrutado de una gran proyección social ya en vida, pero la crítica no le ha reservado la atención que se merecía.

Aunque no todos coinciden con las causas de esa indiferencia, su posición como mujer y la distancia que la separaba de los círculos literarios más selectos podían estar en el origen de ese olvido. Otros, en cambio, atribuyen al empleo del idioma de las *Cantigas* de Alfonso X el Sabio el motivo de reducirla al silencio. Ciertamente es que, a pesar de contar con una lírica más antigua que la lengua castellana, el idioma gallego era totalmente desconocido para muchos fuera de las fronteras de Galicia y carecía de recepción. En opinión de Luis Cernuda (1902-1963) «la preterición no es que fuera mujer, como pensarán muchas feministas exacerbadas, sino acaso porque al escribir en gallego la mayor parte de sus versos, ella misma limitó el alcance de su obra» (Cernuda 1997: 123-124). Ha sido la traducción la que ha mantenido la llama viva de la valía de la mejor embajadora de las letras gallegas y refrescado poco a poco la memoria de la crítica. Poetas tan sensibles e insignes como Juan Ramón Jiménez y otros lectores foráneos han sido los primeros en detectar la calidad y la originalidad de su obra. Su lírica tardó en ser aceptada en la poesía española, pero fue vertida a otras culturas por autores que ya auguraban un futuro prometedor a una obra predestinada a convertirse en clásica:

Un poeta, por más nombrado que sea en nuestros días si sólo se preocupa de las conveniencias del momento para Cataluña, en épocas venideras, al ser bien juzgado nuestro renacimiento, ni se le querrá conocer. En cambio, cuantos más años pasen, más se admirará en Galicia á quien ha escrito los *Cantares Gallegos* y *Las Follas novas* (J. Franquesa Gomis, 1882: 52).

Referencias bibliográficas

ALONSO, Xesús (1997). *Vintasete escritores de fóra falan de Rosalía de Castro: de Menéndez Pelayo (1876) a María Zambrano (1985)*. Padrón: Fundación Rosalía de Castro.

- ÁLVAREZ, Xerardo (1957). «Juan Ramón e Rosalía», *Galicia Emigrante* ano IV marzo-abril, nº 27, 10-11
- AZORÍN, José M. R. (1913). «Rosalía de Castro», en *Boletín de la Real Academia Gallega*, nº 76 año VIII, sept 1913, 97-101. Disponible en:
<<http://www.realacademiagallega.org/imaxin-boletins-web/paxinas.do?id=133>> [Consulta: 5-12-2013]
- BALAGUER, Víctor (1868). *EL Trovador de Montserrat. Poesías catalanas completas de Víctor Balaguer* con la traducción en prosa castellana a la vista. La Bisbal. Establecimiento tipográfico de D. Antonio de Torres, editor calle de los Arcos.
- CADAVAL, Fernando (1949). «El motivo del clavo en la literatura española. La influencia de Rosalía en Antonio y Manuel Machado», en *La Noche. Suplemento del sábado*, año XXX, N.º 5 p. 4.
- CASTRO, Rosalía de (1863). *Cantares gallegos*. Vigo: Imprenta de J. Compañel.
- CORONADO, Carolina (1862). Introducción a *El dolor de los dolores*, en Ruiz Aguilera, Ventura (1873³). *Elegías y Armonías. Rimas varias con traducciones al francés, italiano alemán y gallego*. Madrid: Imprenta estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.^a (Sucesores de Rivadeneyra), pp. IX-XVIII
- La Discusión*. (1858). Madrid, nº 852, p. 3, col. 3
- FERNÁNDEZ, Áurea (2013). «A tradución en Galicia, un desafío á lóxica dominante (1936-1975)», en *Madrygal. Revista de estudos galegos* Vol. 16 Universidad Complutense de Madrid, pp. 31-41.
- FRANQUESA, Josep (1880). «Estudi crític *Follas Novas*», *La Il·lustració Catalana* T. I N.º 18 diciembre, 131-139 [traducción del catalán al castellano: «*Follas Novas*» en *Ilustración Cantábrica* 28 de febrero de 1882 T. IV N.º 5, 51-52 y «*Follas Novas* (conclusión)» en *Ilustración Cantábrica* T. IV N.º 6, 63-64 Madrid
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (2006). *Música de otros: traducciones y paráfrasis*. [Edición y prólogo de Soledad González Ródenas; ilustraciones de Eduardo Arroyo]. Barcelona: Círculo de lectores, Galaxia Gutenberg.
- MARTÍNEZ, Carlos (1949). «Bécquer dejó sin pagar un artículo a

- Rosalía», en *La Noche. Suplemento del sábado*, año XXX, Nº 7, p. 3.
- MENÉNDEZ, Marcelino *Dirección general de archivos y bibliotecas*, Boletín 36 Año V. N.º XXXVI enero-marzo 1856.
- MURGUÍA, Manuel (1917). «De la importante influencia que en su tiempo tuvo en Galicia la obra literaria de Rosalía» en *La temporada en Mondariz*. Nº 8, 9 y 11.
- . (1952). *Rosalía de Castro: Obras completas*. Madrid: Aguilar.
- OLIVER, Antonio (1963). «Rosalía de Castro. En las orillas del Sar y Cantares gallegos» en Xesús alonso montero, (1997): *Vinteseite escritores de fóra falan de Rosalía de Castro: de Menéndez Pelayo (1876) a María Zambrano (1985)*. Padrón: Fundación Rosalía de Castro.
- PARDO, Diego (2010). «Manuel Murguía na recepción e fortuna crítica da obra de Rosalía», en Amparo Tavares Maleval (coord.), *Estudos galego-brasileiros. 4. Lingua, literatura e identidade*. Universidade da Coruña, 421-441.
- RUIZ, Ventura (1860). «La gaita gallega. Eco nacional. A mi querido amigo don Manuel Murguía» en *El Museo Universal*, nº 48, ano IV, 25-XI-1860, 382-383.
- . (1864). «Cantares Gallegos (conclusión)», en *El Museo Universal*. nº 23 año VIII, 5-VI-1864, 182-183.
- . (1865^o). *Armonías y Cantares*. Madrid: Imp. y Librería de M. Guijarro, Editor. Disponible en:
<<http://books.google.es/books?id=MUjFBT9cu8EC&printsec=frontcover&hl=es#v=onepage&q&f=false>> [Consulta: 5-12-2013]
- . (1873^o). *Elegías y Armonías. Rimas varias con traducciones al francés, italiano alemán y gallego*. Madrid: Imprenta estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.^a (Sucesores de Rivadeneyra). Disponible en:
<<http://archive.org/stream/elegasyarmon00aguiuoft#page/176/mode/2up>> [Consulta: 5-12-2013]
- SÁNCHEZ, Antonio (1986). «Rosalía de Castro en Juan Ramón Jiménez», en *Actas do Congreso internacional de estudos sobre Rosalía de Castro e o seu tempo*. Consello da Cultura Galega-Universidade de Santiago de Compostela. T. III, 213-222.
- SCALIA, Giovanna (1986). «La presencia de Rosalía de Castro en la crítica italiana», en *Actas do Congreso Internacional de*

“Transfer” IX: 1-2 (mayo 2014), pp. 1-17. ISSN: 1886-5542

Estudios sobre Rosalía de Castro e o seu Tempo, Santiago de Compostela: Consello da Cultura Galega / Universidade de Santiago de Compostela, T. III, 283-291

VILLALVA, Federico (1862). «Elegías, de D. Ventura Ruiz Aguilera», en Ventura Ruiz Aguilera (1873^a). *Elegías y Armonías. Rimas varias con traducciones al francés, italiano alemán y gallego*. Madrid: Imprenta estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.^a (Sucesores de Rivadeneyra), 279-303.